

UNA TUTORÍA, UNA BODA Y UN SÍNODO: TRES ENCUENTROS MILAGROSOS

P. Gregory Kennedy, SJ*

Llegó entonces a Éfeso un Judío que se llamaba Apolos, natural de Alejandría, hombre elocuente, y que era poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor, y siendo ferviente de espíritu, hablaba y enseñaba con exactitud las cosas referentes a Jesús, aunque sólo conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar abiertamente en la sinagoga. Pero cuando Priscila y Aquila lo oyeron, lo llevaron aparte y le explicaron con mayor exactitud el camino de Dios (Hechos 18,24-26).

Resumen:

La Boda de Caná, una experiencia de aprendizaje entre la Iglesia temprana y el Sínodo para la Amazonía, nos presentan tres milagros que tienen que ver con la conducta y conversión de la Iglesia actual. Los tres son ejemplos de la comunicación, la comunión y la celebración necesarias para una integración ecológica en el corazón cristiano. Comparando los tres milagros nos ayudan a apreciar mejor el significado de un Sínodo sin precedentes. Nunca ha sido una biorregión el tema

* Colaboró con la CLAR durante sus estudios en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, donde culminó su maestría en teología. Sus anteriores estudios incluyen un doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa. Actualmente, sirve como guía espiritual en Loyola House, Guelph, Canadá, un centro Ignaciano que aspira unir la ecología y la espiritualidad.

principal de una Asamblea Eclesial. Este artículo pretende entenderlo como milagro para que estemos más atentos a la acción de Dios en él.

Muchas veces los milagros bíblicos no se reconocen como tal. En medio de las insólitas curaciones, multiplicaciones de alimentos y resurrecciones quedan escondidos otros acontecimientos menos dramáticos pero no menos extraordinarios. Un ejemplo de aquello se halla en la cita introductoria tomada del libro de los Hechos.

Su contexto nos es bastante conocido, no solamente como lectores de la Biblia, sino también como seres sociales metidos en diversas relaciones interpersonales y políticas. Se trata de un tal Apolos, instruido y apasionado por una nueva fe que lo ha capturado. Al llegar a Éfeso, este forastero no duda en entrar en la sinagoga para evangelizar a voz en cuello. Aparentemente, no se le ocurrió presentarse a la naciente comunidad cristiana para enterarse del “plan pastoral” en vigencia, ni buscar cómo involucrarse en ello. Sea por desconocimiento o sea por arrogancia, Apolos actúa como agente libre, sin tomar

en cuenta el grupo que ya opera en el sitio.

Hasta este punto, la narración nos suena demasiado familiar. Justamente en una comunidad que se ha establecido bien y marcha con ritmo propio, se instala un extraño presuntuoso que hace lo que quiere sin interesarle ni un bledo lo que había antes de su llegada gloriosa. Precisamente aquí sucede el primer milagro. Los líderes de la comunidad, Priscila y Aquila, no actúan como si se sintieran amenazados, o irritados, u ofendidos, o menospreciados. No pretenden derrumbar a Apolos, ni humillarlo, ni desacreditarlo, ni poner a la comunidad en su contra. No muestran ningún signo de envidia, venganza o rivalidad. En contraste con lo que suele trascurrir en circunstancias semejantes constata que algo muy llamativo está pasando aquí.

Como si eso no fuera suficiente, Priscila y Aquila se empeñan en ayudar a Apolos a aumentar su efectividad. Hubieran podido dejarlo hacer el ridículo frente a los efesios ya catequizados o abandonarlo a la mediocridad de su conocimiento parcial. Pero en vez de corregirlo en público, y mos-

trar su superioridad, “lo llevaron aparte y le explicaron con mayor exactitud el camino de Dios”. Obviamente, los líderes quieren que el mensaje de Cristo brille lo más claro posible. Más valioso aún, quieren que el mensajero brille también, porque entienden que Cristo vive tanto en el Verbo como en la voz humana que lo pronuncia. Los milagros se van multiplicando.

Por último, Apolos responde de la misma manera que recibe. Generalmente, al verse corregido, uno se pone a la defensiva, altivo o taciturno y distante. Raramente un hombre de la calidad intelectual de Apolos, elocuente y poderoso en las Escrituras, se permite ser enmendado por otros fácilmente. No obstante, en este caso, Apolos acoge felizmente los consejos y enseñanzas de Priscila (N.B. una mujer dentro de una cultura patriarcal) y Aquila con el resultado dichoso de que se mejora como persona y misionero. Si llamamos “natural” todo lo que normalmente tiene lugar en este mundo imperfecto y herido, la conducta maravillosamente madura de Apolos, como la de los líderes, se puede describir como “sobrenatural”.

Curiosamente, la Biblia narra esta serie de milagros sutiles como si no fueran nada especial. Eso nos lleva a suponer que cosas semejantes pasaban a menudo en la iglesia primitiva sin llamar la atención. En efecto, los cristianos deberíamos comportarnos así, y el hecho de que, con gran frecuencia, no lo hagamos, indica que hemos perdido la susceptibilidad a lo ordinario transcendente. Felizmente, la Iglesia Católica está descubriendo de nuevo la gracia de dejarse corregir y avanzar. El Sínodo de la Amazonía viene de aquel linaje originario en que nació la Iglesia milagrosa dedicada a respetar a la persona, la diferencia y la comunidad.

Tanto el documento preparatorio como el *Instrumentum Laboris* del Sínodo contienen material copioso capaz de mostrar que la Iglesia está rescatando lo milagroso. En todo los documentos se ven correcciones sensibles y sustanciales, más el deseo auténtico de asumirlas, poniéndolas en práctica concreta. Con la misma claridad y prudencia de Priscila y Aquila, cuyo cuidado hacia Apolos le permite advertir que el mero entusiasmo no basta para una evangelización apropiada, los

obispos denuncian un modo de proceder eclesial anticuado que siempre acaba mal:

(Los pueblos de la Amazonía) nos confrontan con la memoria del pasado y con las heridas causadas durante largos períodos de colonización. Por ello el papa Francisco pidió “humildemente perdón, no sólo por las ofensas de la propia Iglesia sino por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada conquista de América”. En este pasado la Iglesia a veces ha sido cómplice con los colonizadores, ello sofocó la voz profética del Evangelio. Muchos de los obstáculos a una evangelización dialógica y abierta a la alteridad cultural, son de carácter histórico y se esconden detrás de ciertas doctrinas petrificadas. El diálogo es un proceso de aprendizaje, facilitado por la “apertura a la trascendencia” y obstaculizado por las ideologías. (*Instrumentum Laboris* #38).

Dentro de tal honestidad perspicaz un espíritu genuino de conversión nos mueve a abrirnos a la novedad, con la confianza en un Dios renovador. Su insistencia en la conversión llega a través del diálogo con los pueblos Amazóni-

cos, que han sufrido demasiados desacuerdos dañinos por parte de la Iglesia, evidencia la esencia pentecostal del Sínodo. Comenzando con una comunicación justa y atenta, la Iglesia camina hacia una conversión de memoria, entendimiento y voluntad.

La emoción, ilusión y esperanza generadas por la preparación participativa e inclusiva del Sínodo reflejan bien su conexión con la Pentecostés. De la misma manera en que la comunidad de Éfeso se beneficiaba por la integración respetuosa de Apolos, la Iglesia se enriquece gracias a la acogida agradecida de los dones de los pueblos indígenas de la Tierra. Por lo tanto, el documento preparatorio declara que una relación armoniosa con la naturaleza:

Es algo que las culturas occidentales pueden, y quizás deben, aprender de las culturas tradicionales Amazónicas, y de otros territorios y comunidades en el planeta. Ellos, los pueblos, «tienen mucho que enseñarnos» (EG 198). Ellos, en su amor por su tierra y su relación con los ecosistemas, conocen al Dios Creador, fuente de vida. Ellos, “en sus propios dolores, conocen al Cristo sufrien-

te”. Ellos, en su noción de vida social en diálogo, están movidos por el Espíritu Santo. De allí que el Papa Francisco haya señalado que “es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos” y por sus culturas (#13).

Quedamos atentos a los milagros necesarios para que se cumpla dicha evangelización inversa. El primero es la humildad sincera de la Iglesia entera para dejarse enseñar por los mismos pueblos a quienes silenciaba durante mucho tiempo. El segundo es la reconciliación alcanzada por dichos pueblos, después de haber recibido la gracia de perdonar a esta Iglesia que ahora los busca y escucha. Son milagros precisos y raros. De ellos depende el éxito evangelizador del Sínodo.

Este anhelo de convertirse que sacude a la Iglesia actual, que la dirige hacia una armonía inculturada, intercultural y ecológica, es fruto de una conversión ya comenzada, pues esta no se detiene una vez iniciada. Si una conversión no es constante y cada vez más integral, es decir inclusiva y abierta, no se puede llamarse auténtica. El modo cristiano de actuar manifestado por Priscila, Apolos y Aquila,

según lo cual el bien común debe superar los intereses privados de los involucrados, es también una conversión que impulsa a las personas hacia comportamientos más comunitarios. Todos los milagros invisibles e interpersonales, sumados, constituyen el milagro de la conversión.

De ahí podemos apreciar mejor los milagros bíblicos más conocidos, puesto que todos tienen algo que ver con la conversión. En las sanaciones, los enfermos giran de un estado marcado por la angustiosa duda e incertidumbre que acechan a los debilitados hacia una confianza arraigada en una fe nuevamente fortalecida. Por su parte, las resurrecciones revelan claramente la vuelta dada de la muerte a la vida. Pero lo más obvio son los milagros alimentarios, cuando Jesús convierte la escasez en abundancia como signo inconfundible del Reino.

Ejemplo por excelencia del último es el milagro que vivifica la boda de Caná, el icono actual de la CLAR. Aquí se desarrollan tres etapas bien distinguidas que en su conjunto componen la totalidad integral de la conversión: purificación, transformación y celebración.

Como es bien sabido, las seis tinajas de piedra se hallaban en la casa para cumplir con las leyes higiénicas de los judíos. Llenas de agua, aguardaban el momento inevitable cuando un miembro u otro de la casa necesitan limpiarse ritualmente de la impureza contagiada por culpa o por accidente. La conversión del agua a vino siempre ha sido interpretada como la prueba de que Jesús reemplaza las leyes rituales con nuevas del amor. Pero no hay que perder de vista la importancia de la purificación en el camino a la conversión. De hecho, la penitencia verdadera siempre tiene por fin la conversión interior del penitente. No es casualidad que Jesús utilice las tinajas y agua, instrumentos del saneamiento sagrado, para realizar su milagro. Si las conciencias no son purificadas, es difícil o quizá imposible, celebrar con libertad.

Eso se ve netamente en el Sínodo. En este caso, las tinajas representan el esfuerzo humilde de lavar la Iglesia moderna de su contaminación histórica. Confesando su culpa y complicidad, pidiendo perdón por las víctimas, la Iglesia sigue el consejo de María: “Hagan lo que Él les diga”. Jesús no se cansa de decirnos: Arregla

bien el corazón. Si tu hermano guarda contra ti una injusticia que has cometido, reconcíliate con él cuanto antes. El milagro del Sínodo parte de ese nuevo deseo profundo de la Iglesia de encarar sus “impurezas”, históricas, actuales, para limpiarlas.

La necesidad de la purificación se despierta en la memoria, cuando el entendimiento vislumbra la brecha entre la historia autónoma y la que pertenece a otros. Por eso, hace falta escuchar, que esta es el punto de partida del Sínodo. Ahora, la voluntad entra en el dinamismo de la conversión, tomando los pasos prácticos para vivir en plena correspondencia a un estado purificado y reconciliado. Jesús transforma el agua en vino no para negar la obligación de la penitencia, sino porque reconoce que el tiempo es propicio para cambios saludables. Es una equivocación triste tomar por el fin un mero medio; la purificación debe siempre presentarse como preludio a la transformación.

En la boda, el vino no solo provee la alegría, sino la solidaridad. Según los expertos en adicciones, beber a solas es un síntoma serio del alcoholismo. Al contrario, beber en comunidad para unirse

más fuertemente contradice el individualismo del consumo. Jesús no propuso una borrachera con su vino abundante y de alta calidad, sino que abrió las puertas para estar juntos de una manera que era a la vez celebrativa y sagrada. Hay que recordar que los rituales hebreos con frecuencia no solían ser tan dualistas como los occidentales. Su vida cotidiana se mezclaba con sus ritos de fe y alabanza. Todavía vivían en un mundo “encantado” por lo divino.

Hoy, la transformación equivalente nos llevaría a una nueva capacidad de consumir en comunidad. Hasta ahora, el consumismo exagera las divisiones económicas que plagan el planeta. Pablo estaba muy indignado por el comportamiento de los corintios: “cuando se reúnen, ésto ya no es comer la Cena del Señor. Porque al comer, cada uno toma primero su propia cena, y uno pasa hambre y otro se embriaga” (1 Cor 11,21). Tal consumismo egoísta va conquistando el mundo moderno mientras Jesús quiere transformarlo en un consumo comunitario, celebrativo y saludable. Sin semejante transformación, la conversión ecológica quedaría en puro sueño. Varios biblistas notan que era costumbre en las antiguas bodas campesinas

hebreas que los invitados llevaran su propio vino porque los anfitriones no tenían para darles a todos suficientemente. Al transformar el agua, Jesús establece una nueva economía compartida en la que nadie se halla afuera sediento. Asimismo, tomando en serio los lazos comunitarios de los pueblos originarios, el Sínodo aspira a convertir a la Iglesia en un cuerpo que aprecia todos sus miembros, por diversos que sean, convencida de la certeza que, en un mundo plenamente interrelacionado, lo que daña cualquier parte hiere también la unidad.

Según el ecoteólogo Thomas Berry “el universo, por definición, es un solo evento, esplendido y celebratorio”¹. La purificación, al limpiar la mente y la voluntad conscientes de sus fallas, prepara a la transformación. Como nadie, a riesgo de volverse hipócrita, se debería purificar sólo para parecer limpio, sino para cambiar los aspectos de su vida que le contaminaron, tampoco nadie se convierte sólo por convertirse. Ni la purificación ni la transformación es un fin en sí mismo. Ambos ponen como objetivo la celebración,

¹ Thomas Berry, *The Dream of the Earth*, Berkeley: Counterpoint Press, 2015, p.5. Traducido por Gregory Kennedy.

que es el culmen de toda la creación. No hay que sorprenderse que Jesús, según san Juan, emprendió su ministerio público en una boda, una fiesta dedicada a honrar el amor y la creatividad. Si el universo es, en esencia, un evento celebratorio, una boda es el único espacio lógico para estrenar el Reino de Dios, que será el universo en la más plena celebración. Solamente cohibida por la violencia, la creación deja de celebrar la gloria divina en colores, aromas, sabores y sonidos. Rechazar la celebración es anular la vida.

De ahí se comprende la transcendencia de la conversión, y el Sínodo que la reclama. No se puede contentar solo con remordimiento, reconciliación, algunas reformas eclesiales y ecológicas que responderán a los cambios urgentes en la Iglesia y el bioma amazónico. Mucho más alta es la meta de dejarnos enseñar por la misma Amazonía cómo conformarnos hoy, en un contexto crítico, a la celebración verdadera e inagotable de la creación entera. Estamos parados a la puerta de un milagro anheloso de suceder, un milagro matrimonial que quiere instalarnos en la celebración cósmica a través de una conversión necesariamente muy “mundana”.